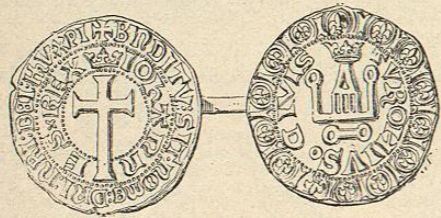


año. Evidentemente, y no sin razón, no tienen ninguna confianza en la administración real; se substituyen á ella.

Obtuvieron del rey Juan otras concesiones mucho más graves todavía, y que limitaban singularmente el ejercicio del poder real. El rey reconoce que si en tiempo venidero hay «otras guerras,» la deliberación de los tres Estados deberá preceder á toda exacción de «auxilio conveniente.» El llamamiento á las armas, representado casi siempre por una cuota en dinero, no se publicará más que «por consejo de los diputados ó de varios de los tres Estados,» y «solamente en caso de pura y evidente necesidad.» De una manera indirecta, por medio de los nueve superintendentes que los representan, los Estados intervienen en la elección de los generales dueños de las monedas. Son sus delegados quienes organizan las tropas reales, reciben las revistas



Moneda de Juan el Bueno

y pagan á los hombres de armas. No siendo la realeza capaz de hacer la policía del reino, el pueblo proveerá á este servicio. Se reconoce á todos el derecho de resistencia, por vía de «coalición,» contra los oficiales reales que quisieran apoderarse del dinero del subsidio, contra aquellos que indebidamente se arrogaran el derecho de tomarlo y contra los soldados rapaces: «Y si aquellos á quienes se querrá tomar, se dice á propósito de las presas abusivas, no son bastante fuertes para resistir á los tomadores, podrán pedir auxilio á sus vecinos y á las villas próximas, las cuales podrán reunirse por grito ó de otro modo, según les parezca, sin toque de campana, para resistir á los tomadores, y si éstos quisieran pegar, cometer villanías ó hacer fuerza, podrán aquellas vengarse de igual manera, sin incurrir en pena ni multa.»

Tal es la primera tentativa hecha por los Estados generales contra el absolutismo iniciado por la realeza. Indirectamente habían pronunciado contra el régimen un fallo de una gran severidad, merecido por las prodigalidades del rey, las pillerías de los pequeños oficiales, los escandalosos excesos de los grandes y la mala policía del reino. Pero la obra que emprendían iba á verse desde luego comprometida por el mismo fracaso de los impuestos, al pago de los cuales estaba subordinada toda su acción.

La cobranza del subsidio, en 1356, encontró, en efecto, una viva oposición; hubo resistencia en Melún, en Arrás, en Normandía. Cuando los Estados se reunieron, según se había dicho, en 1.º de marzo, se comprobó que el impuesto no se cobraba. Se votó un nuevo subsidio en vez de los precedentes; era un impuesto sobre la renta, progresivo en sentido inverso de la riqueza, ya que la renta de diez libras estaba impuesta á razón del diez por ciento, mientras que la renta de mil libras lo estaba al 2.º por ciento; y hasta los nobles no pagaban nada pasando de cinco mil libras de renta, ni los que no eran nobles pasando de mil libras. Semejante dispo-

sición revela todo el poder que tenían en las asambleas los privilegiados y los burgueses enriquecidos. La administración de estos tributos se confió también á los diputados de los Estados. Después se suspendió la asamblea hasta el 8 de mayo; cuando volvió á reunirse, se informó de que el nuevo subsidio se cobraba tan mal como el precedente. Se concedieron otros dos nuevos impuestos sobre la renta, con la tasa, menos inícuá, del cuatro por ciento en la inferior á cien libras, y del dos por ciento en la superior.

Por otra parte, los Estados de las senescalías del Mediodía fueron convocados en Tolosa el 26 de marzo de 1356. Después de ocho días de discusión, acordaron por un año un impuesto sobre las mercancías y una gabela, pero con condiciones: el delfín vendrá á dirigir la guerra en el Langüedoc; el subsidio se establecerá y se cobrará por las villas y sus diputados; nadie quedará exento de pagarlo. Las concesiones eran, pues, análogas á las que se habían hecho á los Estados del Langüedoil. Pero las dos partes del reino tenían una política separada, y de ahí que se encontrara debilitada la acción política que parecía empeñarse contra el poder real.

V.—La ejecución de Ruán

Mientras el gobierno disputaba con los Estados, empezaron á circular rumores de conspiraciones. Se decía que Carlos de Navarra había asociado á sus proyectos al delfín Carlos (1); quería enviarlo á Alemania al lado del emperador, y después, durante su ausencia, apoderarse del rey. Un cronista acusa, por otra parte, al rey Juan de haber hecho resolver en consejo la muerte del rey de Navarra y de sus dos hermanos; pero «por uno de los que estuvieron en el consejo se dijo secretamente á los infantes de Navarra que no asistiesen á la comida, *si cher comme ils aimaient leur vie* (si tenían apego á la vida).» El delfín habría revelado á su padre los proyectos del rey de Navarra, y en recompensa de esto habría recibido como regalo, en 7 de diciembre de 1355, el ducado de Normandía. Es imposible saber qué valor tienen estos cuentos. Una vez más se representó la comedia de una reconciliación. Los dos reyes y el delfín «se juraron paz uno á otro sobre el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo consagrado, el cual fué dividido en tres partes, de las que cada uno tuvo la suya y la usó corporalmente.»

Pero se adivina en seguida la mano de Carlos el Malo en las resistencias que se manifiestan en Normandía. Las demandas de subsidios presentadas por el delfín á los Estados de aquel país son acogidas con violentas protestas. Los de Harcourt, sobre todo el conde Juan y Godofredo, hacen oposición al nuevo duque. En toda la Normandía se niegan á pagar los impuestos. El rey de Navarra intenta arrastrar las ciudades á un complot que debía hacerle dueño del ducado.

En 5 de abril de 1356, en Ruán, donde tenía su cor-

(1) El rey Juan tenía entonces cuatro hijos: el mayor, Carlos, nacido en 21 de enero de 1337, delfín de Viennois, que poco después fué duque de Normandía, es el futuro Carlos V; el segundo, Luis, será duque de Anjou en 1356; el tercero, Juan, duque de Berri en 1360; el cuarto, Felipe, recibirá el ducado de Borgoña en 1363.

te, el delfín daba un gran banquete, al cual asistían los más altos señores del ducado y el rey de Navarra. En mitad de la comida, un sargento de armas golpeó el marco de la puerta con el pomo de su maza y gritó tan alto como pudo: «Ohé, ohé, de orden del rey que nadie sea atrevido á moverse de su sitio, bajo pena de la horca.» Y se vio aparecer al mariscal de Audrehem, espada en mano, y después al mismo rey. Juan se precipitó hacia el estrado principal y «por encima de la mesa cogió al conde de Harcourt por su jubón de blanqueta á la altura del pecho y se lo rasgó: «Ahora ya te tengo, le dijo, falso traidor. Hoy haré hacer justicia de ti, y sabe que tu vida acabará hoy.» Después agarró por los cabellos al rey de Navarra, y sacudiéndole exclamó: «¡Fuera de ahí, traidor! tú no eres digno de sentarte á la mesa de mi hijo. Por el alma de mi padre que no pienso volver á beber ni á comer mientras tú vivas.» Los convidados, de pie y mudos de terror, miraban; un escudero del rey de Navarra, Colinet Doublel, empuñó la daga y «de tal modo golpeó sobre el rey, que pareció que le mataba; pero iba tan fuertemente armado que no pudo hacerle ningún daño.» «Prended á ese muchacho y á su amo también,» gritó el rey, que fué á sentarse á la mesa en otra sala.

Mientras comía, el verdugo preparó carretas, á las que subieron el conde de Harcourt, Colinet Doublel y otros tres. Los prisioneros fueron conducidos al campo del Perdón. El rey y el delfín permanecieron «á un tiro de piedra» de las víctimas para verles bien de cara. El conde de Harcourt pidió inútilmente hablar al rey; cuando el verdugo descargó su golpe sobre él, «pareció que hubiese golpeado en un puchero de manteca, tan gordo estaba, y tuvo que descargar seis golpes antes de que la cabeza cayese al suelo.» Quedaba el rey de Navarra, á quien no se podía tratar así. Con algunos de sus caballeros fué paseado de castillo en castillo y por fin encerrado en Arleux en Picardía. El pueblo no comprendió este drama y se conmovió de piedad en favor de las víctimas. Se habló de un complot con los ingleses; pero el conde de Harcourt lo había negado hasta la muerte y el rey de Inglaterra protestó de esto cerca del papa. El asunto era y ha quedado siendo misterioso. ¿Perseguía el rey Juan contra el rey de Navarra y el conde de Harcourt la venganza del asesinato de Carlos de España? ¿Había recibido alguna revelación sobre el proyecto de reparto que el rey de Navarra había propuesto, en 1355, al rey de Inglaterra? ¿Quería, en fin, antes de reanudar las operaciones militares, acabar con las intrigas y las resistencias que perturbaban la Normandía?

El resultado más claro fué hacer interesante al rey de Navarra y decidir á sus partidarios á entrar en alianza con los ingleses. Las casas de Harcourt y de Navarra, que eran dueñas de la mayor parte de la Baja Normandía, se unieron y llamaron en su auxilio á Eduardo III. Según un cronista favorable al partido navarro, Felipe de Navarra, por lo demás muy leal caballero, volvió en las formas á prestar homenaje al rey de Francia y le desafió «como debe hacerlo un gentilhombre.»

Juan ordenó el embargo de bienes de Carlos el Malo, de sus hermanos y de sus partidarios. Godofredo de Harcourt estaba entonces sometido á un proceso criminal ante el Parlamento: una sentencia le desterró del

reino y confiscó sus dominios. Antes del 9 de junio de 1356 las tropas reales habían entrado en Evreux, capital de los feudos navarros de Normandía. Aquel mismo mes, el duque de Lancáster, por mar, y Roberto Knolles, por la Breaña, llevaron refuerzos á Felipe de Navarra y á Godofredo. Ingleses y navarros, que habían partido de Cotentin, avanzaron asolando el país hasta Verneuil, en los límites de Normandía, en dirección á París. El rey Juan llegó lentamente con un pesado ejército de cerca de cincuenta mil hombres para rechazar la columna volante del duque de Lancáster. En las inmediaciones de Laigle casi se tocaron; por la noche, los dos campamentos veían sus fuegos. Pero el rey de Francia no atacó, y el enemigo volvió tranquilamente á Montebourg en 13 de julio.

Godofredo de Harcourt, cinco días después, reconocía á Eduardo III como rey de Francia y le legaba sus bienes. Pero en el mes de noviembre, en el vado de Saint-Clément sur la Vire, atacando una pequeña fuerza real, fué abandonado por su gente; no quiso huir ni rendirse: «Hoy en sudario de armas será mi cuerpo sepultado,» dijo, y fué muerto después de haber hecho una admirable defensa.

VI.—Poitiers (1)

El rey Juan había sido indudablemente detenido en Normandía por las noticias que empezaban á llegarle del Mediodía de Francia.

El príncipe de Gales había concebido el proyecto muy atrevido de ir, partiendo de Guiena, á reunirse en Normandía con el duque de Lancáster. Salió de Burdeos en el mes de julio, con un ejército pequeño, pero sólido, y atravesó el Perigord, el Limousin, el Berri y la Turena. El 7 de septiembre estaba en Amboise, á orillas del Loira, y trataba de pasar el río. Se cuenta que el duque de Lancáster y Felipe de Navarra habían llegado á la otra orilla y que los dos ejércitos se veían, pero que no había vado ni puente que no estuviese guardado ó destruido, y el rey de Francia se aproximaba.

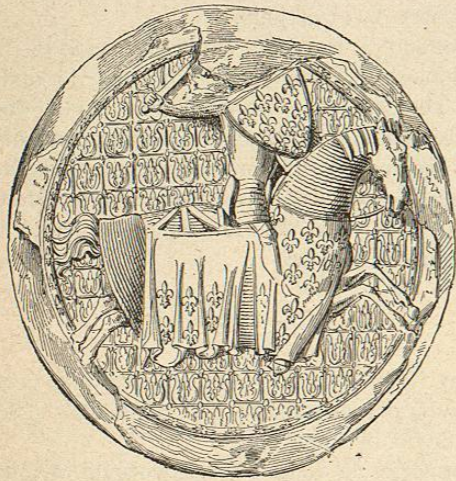
Un mes después de haber marchado de Normandía, Juan concentraba sus fuerzas en Chartres. Nuevos hombres de armas llegaban del Hainaut, de Lorena, de Alemania y de Escocia. «Ningún caballero ni escudero se había quedado en casa, si no quería deshonrarse.» Del 8 al 10 de septiembre, este ejército pasó el Loira en Meung, en Orleans, en Blois, en Tours, en Saumur. Los ingleses, amenazados de ser envueltos y arrojados sobre el Loira, retrocedieron en dirección al Sur, á fin de cerrar al enemigo el camino de la Guiena, aunque fuera al precio de una batalla. En 16 de septiembre, en Châtellerault, el príncipe de Gales recibía la noticia de que el rey se le había adelantado y llegaba á Poitiers. Se puso otra vez en marcha; el 17 atropellaba la reta-

(1) FUENTES.—Añadir á las fuentes enumeradas anteriormente, pág. 434, *Eulogium historiarum*, edición Haydon, 1858-1863. *Chronicle of London*, edición H. Nicolás, 1827. Douet d'Arcq, *Comptes de l'Argenterie des rois de France au XIV siècle*, 1851. Duque de Aumale, *Notes et documents relatifs á Jean, roi de France, et á sa captivité*, 1856.

OBRAS DE CONSULTA.—G. Köhler, *Die Entwicklung des Kriegswesens und der Kriegsführung in der Ritterzeit*, II, 1886.

guardia francesa, y á marchas forzadas, adelantándose á sus bagajes, iba á situarse á algunos kilómetros al Sudeste de Poitiers, cerca de Maupertuis, en una posición muy fuerte, como había hecho Eduardo III en Creci.

El 18 de septiembre el ejército inglés estaba atrincherado en el borde de una especie de meseta ondulada, llamada los Plains de Maupertuis, defendido en los flancos por pendientes bastante rápidas, cortadas por setos y por zanjas, y á la espalda por el río de Miausón. En la mañana del 19, el príncipe de Gales hizo ocupar también una colina inmediata que dominaba su campamento. Los franceses llegaron á la meseta. Los



Sello del conde de Poitiers

ingleses eran cerca de diez mil, los franceses cincuenta mil, si se ha de creer en ciertos textos, y en todo caso muy superiores en número á sus adversarios (1). El rey Juan, muy confiado, «montado en un blanco corcel, miraba de vez en cuando á sus gentes y alababa á Dios de que viese tan gran muchedumbre, y decía en voz alta: «Entre vosotros, cuando estabais en París, en Chartres, en Ruán ó en Orleans, amenazabais á los ingleses y deseabais veros con el capacete en la cabeza delante de ellos. Pues bien, ya ha llegado el caso: ahí los tenéis.»

Eustaquio de Ribemont, buen caballero, pero de cortos alcances, encargado del servicio de reconocimiento, exploró de modo muy deficiente la posición de los ingleses. En vista de sus informes se decidió dar la batalla, á pesar de las prudentes advertencias que se dieron al rey de Francia. El mariscal Juan de Clermont declaró que sería una locura «atacar á los ingleses donde están;» valía más cercarles y reducirles por hambre. Pero como el mariscal de Andrehem pareció dudar de su valor: «No seréis hoy tan atrevido, dijo Clermont, que pongáis el hocico de vuestro caballo en el culo del mío.»

El ejército francés estaba dividido en varias «batallas,» la primera mandada por el duque de Normandía, la segunda por el duque de Orleans, hermano del rey, y la tercera por el mismo rey en persona; y debían obrar

(1) La historia de la batalla de Poitiers ofrece todavía muchas dificultades. Véanse los estudios críticos de E. M. Thompson, en las notas de la *Chronique de la Baker de Savynbroque*, págs. 300-304, y del P. Denifle, *La désolation des églises*, etc., págs. 120-134,

sucesivamente. El ataque se realizó por hombres de armas á caballo, «montados en corceles escogidos» (*montés sur fleur de coursiers*), llevando á su cabeza al mariscal de Clermont, que fué herido mortalmente desde el principio. Después la primera «batalla» entró en línea: Desde sus dos posiciones los arqueros ingleses, enteramente á cubierto, tiraban, cruzando sus tiros, sobre la espesa columna de los hombres de armas franceses. Después de una lucha encarnizada, la «batalla» del duque de Normandía fué puesta en derrota. El segundo cuerpo de ejército, mandado por el duque de Orleans, no hizo nada y se retiró; ninguna relación habla de él. Entonces el rey, viendo esta derrota, mandó echar pie á tierra á los caballeros de su batalla. Los ingleses parecían agotados; sus arqueros ya no tenían flechas, arrancaban las de los heridos ó se batían con la espada. Pero con algunos hombres de armas y cien arqueros, uno de sus más valientes capitanes, el caudillo de Buch (2), aprovechándose de un pliegue del terreno, atacó por retaguardia á la tercera batalla francesa, introduciendo el desorden. En la vanguardia, el rey Juan combatía como un bravo caballero. Juan Chandos había dicho al príncipe de Gales: «Dirijámonos hacia vuestro adversario el rey de Francia. Bien sé yo que por valentía no huirá.» El grupo donde se encontraba el rey de Francia estaba acorralado entre una cantera y una viña. Godofredo de Charni, «el perfecto caballero,» derribó al primero que quiso poner la mano encima del rey, pero fué muerto teniendo la bandera de Francia entre sus manos. En fin, Juan y su tercer hijo Felipe, que no se había separado de él, se rindieron á un caballero de Artois. A las tres todo había concluído: «Y allí murió toda la flor de la caballería de Francia,» veintidós mesnaderos y dos mil cuatrocientos veintiséis hombres de armas.

El príncipe de Gales había hecho izar su estandarte sobre un alto matorral y ordenado á sus ministriles que tocaran. Se levantó para él un pabellón encarnado, donde se refrigeró. Como preguntase qué se había hecho del rey de Francia, sus dos mariscales subieron á un cerro y divisaron «una gran multitud de gente de armas, todos á pie y que venía muy lentamente.» Era Juan, á quien se disputaban ingleses y gascones. Los mariscales le libertaron y lo condujeron ante el príncipe, quien se inclinó delante de él y le obsequió con vinos y dulces en señal de «gran amor.» Por la noche le ofreció una cena en Savigni y le colmó de atenciones caballerescas. Al día siguiente, cuidadoso antes que todo de poner en seguridad al rey de Francia, volvió á emprender el camino de Burdeos á pequeñas jornadas. Su ejército estaba cargado de botín y obstruído de prisioneros. El invierno estaba demasiado próximo para que pudiese hacerse el viaje de Inglaterra. El príncipe y el rey permanecieron en la abadía de San Andrés, en Burdeos, hasta la Cuaresma.

En abril de 1357, después de haber pactado una tregua de dos años, Juan y el príncipe se embarcaron; la flota tardó veinticuatro días en el viaje, y en 1357 el 24 de mayo desembarcaron en Plymouth. El 25 el rey entraba en Londres, «montado en un blanco cor-

(2) El *captal* de Buch era el nombre de uno de los feudos más importantes de la región de Landes, cerca de la concha de Arcachón.

cel, el más hermoso y más grande que hubiese en toda Inglaterra, muy bien armado y aparejado de todo lo necesario, y á su lado el príncipe de Gales sobre una jaquita negra.» La muchedumbre era tan considerable, que el cortejo, que había atravesado á las nueve el puente de Londres, no llegó al palacio de Westminster hasta mediodía. Juan fué instalado en el palacio de Saboya. Debía permanecer en Inglaterra tres años y dos meses, los cuales pasó en el palacio de Saboya, después en los castillos de Windsor, de Hertford y de Sómerton, y, finalmente, en la Torre de Londres.

En el palacio de Saboya, el rey Eduardo y la reina Felipa le visitaron á menudo. Como sólo estaba vigilado á distancia, iba á cazar y á «distrarse» cuantas veces quería alrededor de Londres. En Windsor, los señores franceses prisioneros iban á hacerle compañía. Asistía á las justas y á los torneos. Únicamente en el último año, en 1359, el régimen se hizo más severo; el rey se vió obligado á enviar á Francia á treinta y cinco criados y servidores, pero retuvo todavía á su lado á treinta y seis. Su mesa estaba provista de las especias más raras: de Francia le enviaban aceite, caza mayor y vino. Tenía órganos, compró un arpa y sostenía ministriles. Se daba el placer de una riña de gallos. La adquisición de un reloj portátil le interesó vivamente. Leía romances caballerescos, consultaba á su astrólogo y se hacía distraer por su bufón. Por lo demás, era bueno y benévolo; se ocupaba de sus servidores enfermos, pagaba para ellos los médicos, las medicinas y los entierros, y distribuía limosnas, generalmente secretas, en los conventos de la vecindad. Hizo dar algún dinero á una pobre mujer de Londres «á quien uno de los lebreles del rey, que iba retozando, le hizo derramar la leche.» Para permitirle vivir así, sus súbditos, sobre todo los burgueses de las ciudades, le enviaban mucho dinero, que todavía no le bastaba. Como el vino de Francia gustaba mucho en Inglaterra, Juan mandó á buscar vino del Langüedoc y lo vendió; y hasta dió salida á sus malos vinos, que sus maestresalas vendieron «ocultamente.» Después empezó á vender sus caballos. De esta manera aguardó la hora de su libertad.

CAPÍTULO II

ESTEBAN MARCEL Y LOS ESTADOS GENERALES (1)

I. Después de la derrota.—II. Los Estados de 1356.—III. Los Estados de 1357.—IV. La vuelta del rey de Navarra.—V. El delfín fuera de París.—VI. *La Jaquerie*.—VII. Fin de Esteban Marcel.

I.—Después de la derrota

En Poitiers, después que los burgueses hubieron enterrado los muertos, el alcalde prohibió todo festín y la ciudad estuvo de luto. Los Estados del Langüedoc, reunidos en octubre, decidieron que durante la cautivi-

(1) FUENTES.—Véanse las crónicas y colecciones indicadas en la pág. 434. *Ordonnances des rois de France*, II, 1732. S. Luce, *Pièces inédites relatives à Etienne Marcel*, «Bibliothèque de l'Ecole des Chartes,» XXI, 1859-1860.

OBRAS DE CONSULTA.—Secousse, *Memoires pour servir à l'histoire de Charles le Mauvais*, 1758. Perrens, *Etienne Marcel*, 2.^a edición, 1875. S. Luce, *Examen critique de l'ouvrage intitulé Etien-*

dad del rey, «ningún hombre ni mujer, por espacio de un año, si el rey no recobraba antes su libertad, llevaría oro, ni plata, ni perlas, ni vero, ni gris, vestidos ni chaperones festoneados, ni otras *cointises* cualesquiera, y que los ministriles juglares no podrían ejercer su oficio.»

Así la desgracia del rey era llorada por sus súbditos. Pero el reino fué «duramente perturbado é irritado.» La cólera del pueblo se desencadenó contra los nobles. Al fin de la batalla de Poitiers había habido pánico; algunos caballeros habían huído; otros, sin combatir, habían rendido su espada á simples criados. El cronista Juan de Venette se desata en improprios contra esa nobleza vana y corrompida que se ha hecho derrotar; es el justo castigo de su lujo desenfadado, de tantos días y tantas noches pasados en el juego, de las burlas y desprecios con que los señores abrumaban á «Jacques Bonhomme.» Se hicieron endechas populares: «De tales gentes, dice una de ellas, no puede decirse buena canción (2).» En ella se acusa á los nobles de haber pactado (*paction*) con los enemigos; han recibido «muchos dones» (*maint don*); «Francia está por siempre deshonrada por ellos.» Pero queda el pueblo y, en ausencia del rey, su hijo el delfín, que le vengará:

*S'il est ben conseillé, il n'obliera mie
Mener Jaque Bonhomme en sa grant compagnie.
Guerres ne s'enfuira pour ne perdre la vie* (3).

Carlos, delfín de Viennois, duque de Normandía, se encargó del gobierno con el título de lugarteniente del rey; aún no tenía entonces veinte años. La vida le había proporcionado una experiencia precoz y triste. Duque de Normandía desde fines de 1355, empezaba en su ducado el aprendizaje del gobierno y de la guerra, cuando fué llamado al Sur del Loira para la campaña contra el príncipe de Gales. En Poitiers abandonó el campo de batalla en seguida que su cuerpo de ejército se replegó. El rey, por prudencia, le había dado esta orden; pero la obediencia diligente del joven príncipe parecía anunciar que no tendría mucha semejanza con su padre.

Después de haber pasado á Ruán y ordenado las medidas necesarias para el gobierno de Normandía, llegó en 29 de septiembre á París, donde le esperaban las más graves dificultades.

No podía contar con toda la burguesía parisiense. La mayor parte de los ricos mercaderes no querían malquistarse con el gobierno; eran ellos los que proveían á los reyes y á los príncipes y les prestaban dinero, con buenas garantías; buscaban los grandes empleos financieros, que procuraban á la vez prestigio y provecho, y, para sus hijos, los oficios de las casas reales. Pero en la misma burguesía, otros sentimientos, sin duda muy

ne Marcel, par M. Perrens, «Bibliothèque de l'Ecole des Chartes,» XXI, 1859-1860, y *La France pendant la guerre de Cent Ans*, I, 1890. Denifle, *La guerre de Cent Ans et la désolation des Eglises*, I, 1899. N. Valois, *Le Conseil du Roi aux XIV, XV et XIV siècles*, 1888.

(2) *Complainte sur la bataille de Poitiers*, publicada por C. de Beaurepaire, «Bibliothèque de l'Ecole des Chartes,» XII, 1850-1851.

(3) «Si está bien aconsejado, no se olvidará de llevar á Jacques Bonhomme en su gran compañía. De guerras no huirá por no perder la vida.»